

PERIODISTAS, CONFLICTOS SOCIALES Y RECONCILIACIÓN*

Por Juan Pablo CÁRDENAS S.**

La prensa fue uno de los actores decisivos en la ruptura institucional de Chile en 1973. Los medios de comunicación no fueron capaces de sustraerse a la pugna política que enfrentó dramáticamente a partidarios, adversarios y enemigos del Presidente Salvador Allende y su gobierno. Por el contrario, buena parte del clima social de agitación fue estimulado por los canales de televisión, los diarios y las radios que, en general, asumieron un periodismo de trinchera dejándose manipular por los partidos políticos y los diversos grupos fácticos que, desde uno u otro lado, coincidían en agudizar las tensiones, hacer imposible el diálogo y favorecer la intervención de los militares.

El palacio de La Moneda, el Parlamento y los jueces se vieron completamente sobrepasados por los radicalismos de derecha e izquierda. Por el sectarismo de quienes querían imponer, a cualquier precio, un modelo totalitario; por la irresponsabilidad de quienes prefirieron defender sus mezquinos intereses por sobre la justicia social y los cambios demandados por la inmensa mayoría del país. La propia vocación democrática del Presidente mártir, las apelaciones de las iglesias y las advertencias de los políticos serios fueron arrolladas por el verbalismo demagógico y el golpismo. Y, en pocas horas, ardió la sede del poder Ejecutivo, se clausuraron nuestras instituciones republicanas y se inauguró un período marcado por el horror, la interdicción ciudadana y la consagración de un orden social y cultural que agravó las desigualdades.

Los jóvenes periodistas e investigadores de hoy no dan crédito a los titulares que marcaron la guerra entre los periódicos de entonces, cuando la comunicación social cayó presa de las manipulaciones y las ideas cedieron espacio a la grosería y la descalificación. Los primeros bandos militares aplastaron la libertad de expresión. Imprentas y redacciones fueron asaltadas y los censores ocuparon los canales, emisoras y diarios con o sin el beneplácito de quienes saludaron la acción “patriótica y libertaria” de las Fuerzas Armadas. Así como en nuestros albores independentistas la prensa había alentado las ideas de la emancipación, esta vez el periodismo sembró un tiempo de odio e intolerancia que se extendió por largos 17 años y luego de los cuales todavía no se recuperan muchos derechos y conquistas sociales de nuestra antigua institucionalidad democrática.

Periodistas por la Liberación

Sin embargo, la lucha contra la dictadura volvería a brindarle a la prensa la colosal tarea de romper el imperio informativo consolidado por Augusto Pinochet y alentar la unidad y movilización del pueblo, objetivos que se hicieron indispensables para vencer la voluntad del tirano por perpetuarse en el poder. Soy parte de una generación de periodistas que fundamos algunos medios escritos (clandestinos, primero; abiertos, después) que acometieron la tarea de denunciar las graves y sistemáticas violaciones contra los derechos humanos en una sociedad perpleja por el miedo y la desinformación oficial. Unas cuantas revistas y diarios que ganaron a costo de cárceles, clausuras y toda suerte de amedrentamientos su derecho a existir y convertirse en los

* Ponencia presentada en....

** Premio Nacional de Periodismo 2005. Profesor del Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile.

principales vehículos de la denuncia y agentes del cambio. Porque fue en nuestras redacciones donde se concibieron aquellas maravillosas jornadas de protesta que desmoralizaron a los militares, alentaron la solidaridad internacional e hizo convenir a los Estados Unidos y a la vieja clase política chilena en la necesidad de dialogar y negociar el curioso desenlace político y transición que todavía se nos extiende.

Esta vez, fueron primero la prensa y las organizaciones del mundo social y estudiantil los líderes de la nueva gesta libertaria. Digamos, de paso, que los partidos políticos tardaron demasiado en reorganizarse y abandonar los recelos del pasado. La verdad es que el diálogo patrocinado por el Departamento del Estado y algunas cúpulas eclesiásticas, si bien logró la realización del Plebiscito del 5 de octubre de 1988 y la derrota electoral de Pinochet, era visto con desconfianza por un país más dispuesto a derribar que a negociar con la dictadura militar.

En fin, sería largo recordar aquí lo que logró esa prensa que se atrevió entonces a denunciar cada uno de los episodios de sangre y represión; que hace 15 años, ya, entregó detalles de la millonaria fortuna acumulada por el dictador y su familia; que entonces alertó del vergonzoso asalto y traspaso de las empresas públicas a un grupo de inescrupulosos partidarios del régimen y que, prácticamente de la nada, se convirtieron en acaudalados “empresarios”. Personajes que hoy incluso gozan de reconocimiento social y viven en gran connivencia con las actuales autoridades políticas. Es decir, con esos políticos que sirven al pragmatismo y, en virtud de ello, creen preferible la impunidad a la justicia. Esto explica que fueran al rescate de Pinochet en Londres tras su arresto en octubre de 1998 y que presionaran a los jueces dignos para que pusieran fin a lo que denominan “desfile de uniformados por los tribunales.”

Cuesta explicar siempre que durante la dictadura de Pinochet prosperaran medios disidentes que jugaron tan importante papel en la desestabilización de la misma. Pero más extraño parece, todavía que, en la restaurada “democracia”, la diversidad no haya llegado a la prensa escrita y la televisión haya devenido en la vulgaridad y en la renuncia creciente de su rol informativo y educativo. Como difícil de creer resulta que el impuesto del 16% con que la dictadura gravó la compra de libros, diarios y revistas, en estos últimos años se haya elevado al 19% y, con ello, hacer crecer el número de jóvenes y pobres que se abstienen de leer, si ya ir al cine, al teatro y otros eventos les resulta prácticamente imposible. En un país en que más del 60% de la población reconoce no haber leído un solo libro en el último año y donde las encuestas nos asignan que más de un 17% de los universitarios no entiende lo que lee.

Tengo la convicción que los pueblos se movilizan esencialmente por la justicia social. Por la legítima aspiración del bienestar material, más que por la libertad. No fueron la independencia y el amor patrio los que alzaron a nuestros pueblos en el tiempo de Bolívar y San Martín. Lo que motivó la organización de esos heroicos ejércitos no fue el odio a España sino la actitud despótica de los gobernadores. Lo que exasperó a tantos fue el hambre, el trabajo forzado, la ostentación en que vivían los dirigentes, tal como la falta de oportunidades y esperanzas de los sometidos. Por cierto que nuestros libertadores tenían la visión estratégica de una América republicana, plenamente soberana; de allí que, junto con repartir el pan, decretaran la libertad de los esclavos, fundaran las primeras escuelas públicas y bibliotecas. Sin embargo, todos o casi todos ellos murieron en el exilio y con el corazón compungido por la anarquía que rápidamente se impuso en nuestras noveles repúblicas. La batalla que liberó a Chile en Maipú se celebró con banderas argentinas, las insignias colombianas se impusieron en Guayaquil y recién camino al ostracismo definitivo el Protector de Lima concibió la primera bandera peruana.

En mi país, todavía más de un 40% de los chilenos con mayoría de edad no se interesa en hacerse ciudadano, se abstiene o anula su voto. Asimismo, lo que ha terminado de sepultar la imagen de Pinochet no son sus horrendos crímenes, sino la reciente constatación de la fortuna que acaudaló en bancos extranjeros. Sus últimos partidarios se deslindan de él y su familia muy probablemente irritados ante su desproporcionado botín y en resguardo de que sus respectivos bienes y depósitos puedan también ser descubiertos y confiscados.

Es un principio aceptado que la democracia no podrá ser plena en un país y en un continente donde las desigualdades son tan escandalosas. Asimismo, para que sea libre, el sufragio debe ser informado y bien sabemos que los índices de ignorancia y desesperanza de nuestros pueblos es lo único que explica la elección y reelección de caudillos que no han traído un ápice de bienestar a los más necesitados. Más que con votos, es con pesos como se adquieren los cargos parlamentarios y el gobierno, si no en todas, en demasiadas “democracias” del continente. En mi país, por ejemplo, para ser electo senador o diputado es necesario gastar en propaganda el equivalente o más de todo lo que percibirá ese legislador durante su período.

Soy de los que concibe el periodismo como una vocación, como un apostolado a favor de que los pueblos comprendan la existencia y asuman su misión humana de construir la historia y labrar su porvenir. Asumidos como educadores masivos debemos, como se ha dicho, vigilar a la autoridad, animar a los pueblos a la conquista de sus derechos, denunciar toda forma de injusticia, pero también alertar a la sociedad ante cualquier solución que pueda ocasionarle nuevas formas de opresión, engaño y desencanto.

Conciliación sin impunidad

Hacer periodismo en tiempos de dictadura tiene toda suerte de riesgos, pero definitivamente es en estos regímenes donde el objetivo es más certero. Con sólo difundirlos, los despropósitos de los tiranos se hacen evidentes y los medios de comunicación cumplen instando a la rebelión con los métodos que en cada caso se correspondan y condigan con la sociedad más justa que se quiere edificar. Sin embargo, es después de los gobiernos autoritarios donde la tarea de hacer periodismo se hace más compleja e incierta; es decir cuando corresponde tomar rápida distancia de los vencedores y reconocer sin dilaciones la dignidad de los vencidos. Concretamente cuando tenemos que conciliarnos y las heridas siguen demasiado abiertas. Cuando tenemos que trabajar por la paz y todavía están humeantes los campos de la lucha fratricida. Y el dilema es cómo hacer justicia, sin que animemos los vientos de venganza. Cómo volver a convivir con quienes no tuvieron ninguna magnanimidad con los vencidos y rendidos de entonces. Cómo mirar al futuro, sin herir la memoria de los caídos.

Porque no se trata precisamente de reconciliarnos cuando nunca antes estuvimos conciliados. En Chile hacía mucho tiempo que la sociedad estaba escindida entre explotados y explotadores; entre izquierdas y derechas. Somos una de las naciones con menos identidad nacional en el continente. En la que prevalecen distancias siderales entre la cultura, las creencias y los hábitos de la gente del norte, del centro y del sur del país. Somos un país largo, de climas completamente diversos, marcado abruptamente por las diferentes estaciones, por el desierto y las lluvias torrenciales, como por las distintas ciudades y barrios en que vivimos aislados o segregados. Marcados, además, por interpretaciones completamente disímiles sobre nuestra convulsionada historia antigua y reciente, como que hasta ahora tenemos distintos héroes y todavía no hayamos ningún personaje que nos concite respeto o admiración general. Ni siquiera nuestros

santos y poetas. Resulta que hasta las estrofas de nuestro Himno Nacional entonan o desentonan según la ocasión.

Pese a ello, el periodismo tiene una misión fundamental en restañar nuestras heridas. Pero ello no puede ser al precio de cubrir con impunidad el pasado y renunciar a las profundas rectificaciones que exige nuestro provenir. Si al comienzo de nuestra transición, se mostró demasiada condescendencia con el dictador y su entorno y los medios de comunicación que prevalecieron ciertamente promovieron dar vuelta la página, hoy crece la conciencia colectiva y un buen número de periodistas chilenos se afanan porque se conozcan enteramente sus crímenes, se repare a las víctimas y se castigue a los culpables. Al menos en aquellos delitos considerados imprescriptibles por el derecho internacional. Como decíamos anteriormente, un puñado de jueces chilenos y extranjeros se atreven y hacen comparecer en sus tribunales a los homicidas y torturadores de la dictadura en episodios que, contrariamente a lo que se temió, para nada ponen en riesgo la estabilidad institucional alcanzada y sin que los procesados enfrenten vejaciones. Todo indica que muchos de estos personajes finalmente serán condenados, aunque sea a penas discretas en relación a la magnitud de sus delitos. Si la excepción fuera la del general Pinochet, su descrédito es total frente a Chile y el mundo. Reconocido, primero, como asesino, después ha quedado sindicado como ladrón. Apelativos a los que ahora se agrega el de haber traicionado a sus subalternos y compañeros de armas que pagan en los tribunales la ejecución de sus siniestras órdenes.

A pesar de la actitud de nuestros medios de comunicación más poderosos y todavía serviles al pasado, el acceso cada vez más masivo a Internet, la existencia de algunas radios independientes y la filtración por televisión de algunos atrevidos reportajes han logrado impacto en los tribunales y, con ello, procesos y sentencias ejemplares que, por primera vez en la historia de Chile, abrigan la esperanza de que nunca más se repetirán tan deleznable episodios y que, justamente, por la impunidad se repitieron en sucesivas y terribles oportunidades.

Al respecto, mucho ha influido en tal sentido la acción del juez español Baltasar Garzón y de algunos tribunales extranjeros que insistentemente han requerido a la justicia chilena, así como a la conciencia de algunas de nuestras autoridades demasiado apegadas a la idea de “hacer justicia en la medida de lo posible”. Expresión nefasta que marcó los primeros años de nuestra transición.

Con la verdad, aunque duela y avergüence, Chile se pone en la senda de aquellos países que vivieron regímenes de terror y que después de medio siglo siguen persiguiendo a lo criminales y asistiendo a las víctimas. ¡Ese parece ser el mejor camino para alcanzar la paz interna que hoy viven y hacer prácticamente imposible la reedición de las ideas totalitarias y genocidas! La reconciliación exige renunciar al odio y la venganza, pero en ningún caso a la verdad y la justicia.

Asimismo, nuestro país deberá asumir en serio el camino de la equidad y la igualdad de oportunidades. Superar un modelo que consagra las desigualdades y se funda en ellas para hacer viable y exitoso nuestra política exportadora, seducir al capital foráneo y presumir ante el mundo del equilibrio de nuestros índices macroeconómicos. Como se sabe, somos uno de los estados que más crece en América Latina y el Tercer Mundo, pero somos campeones también en la región en lo que toca a la pésima distribución de la riqueza y asistencia pública a la salud, educación y otros derechos esenciales.

Definitivamente, Chile sigue sentado en el polvorín de la injusticia social y la paz que vivimos promete extinguirse de no mejorar la situación de los sectores medios y pobres. En el cuento de que el lobo puede volver es que los trabajadores y los sectores postergados han demostrado tanta paciencia en la recuperación de sus derechos

conculcados por la dictadura. Años de crecimiento sostenido hacen inexplicable que los frutos del trabajo humano sigan beneficiando a unos pocos, mientras que las mayorías carecen del bienestar mínimo y observan que sus hijos también enfrentarán privaciones a causa de una educación pública que se deteriora paulatinamente y los condena desde la niñez a la ignorancia y la marginalidad. Además de una adecuada nutrición, bastaría que nuestros estados le garantizaran a todos los niños por igual una educación de calidad, para que, así, América Latina vislumbrara al menos la justicia social en las próximas generaciones. Se sabe que el conocimiento es la mejor semilla de la equidad y la igualdad de oportunidades que todos los seres humanos se merecen en su común dignidad. Una educación igualitaria sería, tal vez, el principal paso en la reconciliación de nuestros pueblos.

Partícipes como nos sabemos del proceso educacional de nuestros pueblos, es inaceptable que los periodistas cedamos a la descomposición de nuestros medios de comunicación, cada día más desnaturalizados en su misión cultural y liberadora. ¡Qué bueno sería que los profesionales del periodismo y la comunicación social recuperáramos, también, nuestras organizaciones y compromiso por dignificar nuestro trabajo y, a propósito de reconciliación, avenirlo con su misión ética!

Finalmente, pienso que el periodismo tiene una misión insoslayable en la edificación de una genuina democracia. Gran parte de las lacras que afectan la convivencia de los chilenos, pero también de los latinoamericanos, tienen base en la llamada democracia representativa e indirecta, en que los ciudadanos sólo se limitan a elegir a sus autoridades y endosarle todos nuestros derechos soberanos. De esta manera es como la función pública se ha hecho cupular, ensimismada y displicente con la realidad cotidiana de nuestras naciones. Con demasiada frecuencia, nuestros “primeros mandatarios” llegan al gobierno para mandar, más que para obedecer al pueblo y atender a la opinión pública. Todavía nuestras democracias no se liberan del caudillismo y la prensa pierde poder de denuncia frente a los procesos de corrupción que afectan a la política y que tienen sustento, precisamente, en la impunidad.

En este sentido, junto con ejercer la vigilancia crítica, creo conveniente que el periodismo ético e independiente se esfuerce en la tarea de consolidar ciudadanía, que no es otra cosa que sembrar la conciencia del pueblo con sus derechos y obligaciones establecidos universalmente por nuestros principales organismos internacionales, sin que la inmensa mayoría de las naciones los conozcan y asuman. Curioso, pero cuando uno lee la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, parece que estuviéramos frente a un texto tan revolucionario y subversivo como las Bienaventuranzas y el Manifiesto Comunista. Y es precisamente en esta Carta Universal donde podemos descubrir el legado de varios siglos de historia y sacrificios a favor del principio de que todos somos iguales y dotados de los mismos e inalienables derechos.

¿Es que puede haber conciliación en un país, en un continente y un mundo mientras unos miran a otros como seres inferiores y, lo que es peor todavía, esos seres disminuidos continúan mirando a los otros como superiores o salvadores?

¿Es que existe algún caso en nuestra historia de benevolencia colectiva de los que mandan y se enseñorean?

¿No es acaso evidente que los pueblos se redimen a condición de su propia conciencia y sacrificio?

¿No es precisamente eso lo que los periodistas y la prensa debemos hacer para aspirar a la conciliación o la paz en nuestros pueblos?

¿Quién puede seguir dudando que la impunidad sólo sopla nuevas tempestades?

De lo que no tengo duda, sin embargo, es que es de la liberación de los oprimidos donde puede surgir la benevolencia y el perdón a quienes los oprimieron.

Ejemplos, en este caso, nos sobran en nuestra historia en que en los propios campos de batalla nuestros Libertadores, le perdonaron la vida a los conquistadores derrotados.

Y en la historia reciente es allá en Sudáfrica donde tenemos acaso el ejemplo más emocionante y que se encarna en la actitud que Nelson Mandela tuvo al salir de la cárcel, acceder al poder y proponerse con tanto éxito construir una nación de hermanos con quienes por tanto tiempo y tan cruelmente los humillaron. ¡Qué duda cabe que son los que más han sufrido los que están más dispuestos a perdonar y conciliarse!

Pensando en este tema es que he recuperado el testimonio con que termino:

En los años más duros de la dictadura pinochetista, allá en el sur de Chile, en la ciudad de Concepción, un padre no pudo resistir el dolor de tener a sus hijos secuestrados. Se llamaba Sebastián Acevedo y golpeó en vano las puertas de los cuarteles para que le devolvieran a sus hijos. Lo último que hizo fue dejar nota en el Arzobispado de la ciudad de la decisión de inmolarsé para lograr la libertad de sus descendientes y entonces es que escribió acaso el texto más hermoso de todos esos largos años de lucha. Palabras que tanto tocan al tema de la reconciliación y tanto comprueba que es en los que sufren donde mejor pueden prosperar los gestos de genuina reconciliación:

“Estén seguros que con nuestra capacidad de sufrimiento triunfaremos sobre ustedes. Algún día lograremos la libertad. Pero no la habremos logrado solo para nosotros. Seguiremos apelando a vuestros corazones y a sus almas hasta conquistarles. Y entonces nuestra victoria será doble”.